

Reseña de Yasmina ROMERO MORALES (2019): *Moras. Imaginarios de género y alteridad en la narrativa española femenina del siglo XX*. Plaza Valdés, Madrid.

Rocío Rojas-Marcos Albert

Universidad Pablo de Olavide

rprojalb@upo.es

<https://orcid.org/0000-0002-3140-7538>

Para citar este artículo: Rocío ROJAS MARCOS ALBERT (2020), Reseña de Yasmina ROMERO MORALES (2019): *Moras. Imaginarios de género y alteridad en la narrativa española femenina del siglo XX*. Plaza Valdés, Madrid en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 29, pp. 208-211.

La obra que reseñamos viene a ocupar un espacio hasta ahora prácticamente vacío dentro de los estudios que en España van desde el Orientalismo más cercano a las percepciones de Said, hasta la morofilia propia de nuestra identidad histórica bien entendida, pues el lugar que completa el trabajo realizado por Romero Morales sistematiza la imagen de la mujer, de la mora, dentro de la narrativa de tema marroquí. Pero no de cualquier narrativa, pues ahí radica la importante aportación realizada por este trabajo: la autora analiza minuciosamente la literatura de tema marroquí escrita por mujeres: sesenta y dos obras: veintidós novelas y cuarenta relatos de veintidós escritoras, forman el corpus analizado con el que da una segunda vuelta a la tuerca de los estudios de género para poner sobre el papel la realidad doblemente silenciada de esas moras a las que alude el título. Mujeres ocultas tras los velos orientalistas tradicionalmente empleados para cubrirlas en las páginas de nuestro imaginario occidental, pero que en esta ocasión son así ocultadas por otras mujeres, en este caso las escritoras españolas, que a su vez cargan con ese mismo velo impuesto por parte de una sociedad que apenas les permite una grieta por la que colarse a la esfera pública del mundo literario. Esto hace que excepto el caso de Carme de Burgos o Dora Bacaicoa en determinado ámbito, por poner dos ejemplos, el resto de mujeres no ha logrado una trascendencia real con su trabajo.

El libro inaugura sus páginas con un Prólogo del profesor Mohamed Abrighach, quien nos contextualiza y enmarca la obra que está presentando. Tras este, el trabajo se despliega en una Introducción, tras partes bien diferenciadas que estructuran el contenido del trabajo y se cierra con unas conclusiones acertadas, que simplemente recapitulan las ideas centrales en torno a las que ha girado el trabajo completo, pero no redundan ni agotan el tema. Teniendo en cuenta este esquema estructural pasemos a despiezar parte por parte la obra que tenemos entre manos. Desde la "Introducción" Romero Morales plantea la intención de su trabajo. Defiende la necesidad de reescribir la historia completando sus zonas oscuras mediante la lectura de obras literarias. La

historiología como recurso necesario de análisis histórico debe entenderse como una herramienta básica a la hora de adentrarnos en el estudio de la historia. Los datos, las fechas y los hechos militares deben ser, evidentemente no superados, pero si complementados por todo aquello que se puede extraer entre líneas de los silencios y los olvidos que la literatura nos ofrece. Pues, aunque las novelas mientan, acusación fácil a la hora de rechazarlas como fuente fiable, por ser obras de ficción, debemos tener en cuenta que son mentiras solo los ropajes. Solo la forma exterior de ellas. El contenido, el pensamiento profundo que se presenta puede servirnos de ayuda a nosotros, sus lectores, para conocer el pensamiento de quienes las escribieron y, por tanto, el pensamiento que brindaron a sus lectores (Romero, 2019:21). Por tanto, la lectura que nos propone hacer sería más bien una lectura de las novelas seleccionadas para, a partir de ellas, y empleándolas como los elementos empíricos de conocimiento histórico que son, releer y recomponer una nueva visión de esa historia de las relaciones entre España y Marruecos que ha adolecido de uno de los pilares fundamentales: la realidad oculta del papel de la mujer, y en este caso no solo de las moras, en toda la trama del Protectorado.

La primera parte del libro “Historia(s), Orientalismo(s) y género”, supone un acercamiento a estos tres aspectos anunciados desde el título de un modo minucioso y sistemático. La autora no escatima a la hora de ofrecernos la necesaria información de ninguno de estos aspectos que tengan relación con el trabajo. Con el conflicto y la realidad histórica de encuentros y desencuentros entre España y Marruecos durante el siglo XX como telón de fondo, analiza aquellos aspectos del Orientalismo de Said o Bhabha, estableciendo capítulos dedicados a los diversos tipos de Orientalismos que debemos conocer para entender su aplicación en la sociedad analizada a través de las novelas seleccionadas: Orientalismo científico, romántico, político y local por los que transitamos para comprender cómo esta literatura crea el interés, la fascinación o el temor por ese mundo que se representa como desconocido para el lector español y así promover e incluso forzar el alejamiento real de este vecino al que el español debe temer. En palabras de la autora:

“La fusión del argumento racista con el confesional es la viva imagen del otro más demonizada, que por todos los medios se quiere evitar, alejar o en muchos casos liquidar [...] algunos la llaman “literatura colonial” y otros “literatura patriótica”. Estas literaturas, la mayoría escritas por militares de carrera, sostiene que Marruecos debe ser conquistado y argumentan que el propósito único de esa conquista es llevar, a modo de destino mesiánico, la civilización, la cultura o a religión” (Ídem:60-61).

Debemos agradecerle también que mientras expone el planteamiento teórico que está desplegando ante nosotros, no escatima a la hora de darnos ejemplos tomados de las obras analizadas, mediante los que ilustra y aligera la lectura en la que nos tiene sumidos:

“Fue entonces cuando el miedo se apoderó de ella; era un miedo pegajoso, incompasivo, que la asediaba día y noche insistentemente, impidiéndole conciliar el sueño. Llegaron las pesadillas; ¿no había visto acaso, en una de ellas, cómo un moro lanzaba su caballo al trote y se llevaba al más pequeño de sus hijos? (Ídem)

Esta primera parte se cierra con unos apartados de crítica a las teorías del Orientalismo, a sus carencias y sus también evidentes olvidos. En el caso del trabajo que tenemos entre manos, en lo relacionado con la presencia femenina en todo ese entramado de fascinación orientalizante: tanto la mujer oriental sibilina, malintencionada, oculta tras los velos, que no hace más que apartar de la vista muchos de sus exóticos embrujos o sus horrendos aspectos de pérfidas mujeres. Romero Morales no se olvida de que el feminismo occidental sí se olvidó o no ha sabido asimilar los diversos feminismos que hay por el mundo. Cada mujer desea para sí la misma libertad, y por tanto los tratos paternalistas, y valga la palabra, empleados por sectores feministas occidentales no

son más que estructuras cortadas por el mismo patrón del que pretenden huir. Volviendo entonces a la importancia de la literatura como explica la autora “La literatura es una de las pocas parcelas donde se puede contestar el discurso dominante. Un análisis literario a través de una lectura interlineal, revisionista, intersticial que diría Bhabha, destapará los modos axiomáticos que ha tenido este subgénero de colonias de contar el mundo, revelará la mecánica de su construcción y, sobre todo, visibilizará quién es representado, por quién, a quién se silencia es ciertamente una tarea de medir silencios” (Ídem: 110).

La segunda parte del libro “Érase una vez la “otra” marroquí: modos de ver y representación” ahora ya con las bases teóricas asentadas en las páginas anteriores, se adentra en el análisis de esa mora de las novelas analizadas. Una otra que reduce a la otra marroquí a su supuesta pertenencia religiosa, sin consideraciones personales o contextuales. La confusión voluntaria en muchas ocasiones, como explica Romero Morales, es debida a ese deseo de generar incertidumbre y miedo ante esa desconocida a la que no le vemos la cara y que se pasea como una sobra por la mayoría de las páginas. A partir de las obras literarias seleccionadas para el estudio se establecen cuatro categorías dentro de las que todas esas distintas versiones de la misma mora, en definitiva, otorgan silueta y carácter a ese reflejo femenino en muchos casos casi espectral, sobre el que las mujeres escritoras españolas representan sus propias frustraciones.

En primer lugar, la mora-paisaje, esa mujer ninguneada, entendida casi como parte del escenario donde se desarrolla la novela, como un mueble o un elemento exótico de decoración más. Leemos, por ejemplo, en una cita de la novela Ojos Largos de Rosa Aramburu: Los grandes ropones morunos forman una especie de peplo de madera que no permite que se dibuje un solo contorno, pues, aunque el jaique es prenda de gracia, el caftán es rígido y no autoriza a ver otra cosa que las medias mandarinas de los talones pintados de aljeña (Romero, 2019:140). Como grupos informes de apariencia de madera nos describe Aramburu al grupo de mujeres sin reparar en que son mujeres lo que hay debajo de esos ropones, como los llama.

A continuación, trata de la mora-sherezade, esa mujer misteriosa, fuertemente erotizada y sabedora de unos poderes de seducción que en el imaginario se entremezclan con la perversión creada en torno a los harenes sacados de las representaciones más milynanochescas: “A la sombra de un arco, un moro canta y toca el laúd. Un corro de curiosos le rodea y no se le puede ver. Una chiquita adornada de collares y esclavas danza vertiginosamente con los pies desnudos y el pelo suelto; es bonita y fina, con su blusa chillona y la falda larga de seda” (Ídem: 191).

El tercer grupo en que quedan clasificadas las moras es el de mora-bestia. Es el grupo formado por esas mujeres que incansablemente trabajan el campo, cuidan de los animales y de la familia y se representan como figuras que acarrear, que empujan y tiran de vidas que les pesan sobre los hombros, sin ningún tipo de ayuda por parte de ningún hombre. Se representan casi como animales de carga, como bestias al servicio de una estructura social cruel y alienante: “Alfonso no las mira, aunque las vea uncidas a un arado, haciendo el poder de animal de labor. No son mártires, porque no comprenden su situación y apenas tienen noticias de que en el resto de la tierra ocurra algo deferente” (Ídem: 205).

Y por último la mora-bruja, la que sirve para crear ese monstruo al que deben temer los lectores de esas novelas y por extensión todos los que se acerquen por Marruecos. Como bien explica Romero en estas ficciones los monstruos reconcilian al público lector con lo español y, por medio del mecanismo coercitivo se consigue salvaguardar lo patrio de toda crítica y que, en cualquier

caso, se quiera identificar con la otredad (Ídem: 214). Así pues, el modo de estereotipar y encasillar a esa mora tan necesaria para el imaginario colectivo español ha quedado con este trabajo sistemático de análisis y comparación a partir del corpus literario perfectamente establecido.

La tercera y última parte del libro "Impresiones de alteridad" es un extenso capítulo dedicado a todos esos elementos empleados como recursos literarios y herramientas narrativas a través de los que las escritoras van trenzando todo su entramado ideológico. El tratamiento de los espacios domésticos: azoteas o ventanas, por ejemplo, zonas desde donde esas moras controlan el mundo a su alrededor. Frente a aquellos espacios públicos donde ellas pueden moverse con libertad, o que son empleados como excusa para buscar dicho margen de libertad: grietas en la estructura social férrea que las controla: hammames, cementerios o zocos a los que acuden cubiertas, pero sin necesidad de justificar su salida. Yasmina Romero nos ofrece con este capítulo un extenso abanico de matices que esclarecen de modo cristalino las lecturas: los nombres habituales empleados, pues la mayoría se llaman Fátima de forma genérica; su papel casi exclusivo de madre, o cocinera de la familia, la costumbre de asumir la violencia sobre ellas como parte de su condena en esta vida. Romero Morales no pasa por alto ningún elemento que pueda servirnos para comprender mejor el poder de la literatura para generar los estereotipos habituales que se manejan.

El libro se cierra con unas conclusiones que a modo de lazada final como ella misma explican ha pretendido destapar el imaginario colectivo orientalista de la narrativa española de tema marroquí escrita por mujeres. Un subgénero que como continúa diciendo pierde la inocencia con la que se presenta ante el público lector y se puede afirmar que entre sus tramas se esconden estrategias representacionales que legitiman los distintos orientalismos (Ídem: 289). Finalmente, en apéndice se nos ofrecen las biografías de algunas de las escritoras estudiadas, aunque faltan varias de las que sospecha la autora que escribiesen bajo pseudónimo ante la ausencia completa de información acerca de ellas. Además, el trabajo cuenta con una bibliografía extensa, actualizada y muy ajustada y acorde al trabajo que hemos estado leyendo.